

cion de accesorios deliciosos, por lo que significaban.

No tardó el mismo Leandro en confirmar mi sospecha, ó mejor dicho mi seguridad de que allí habia andado la mano de Mari-Santa, pues como viese que llamaban mi atencion todas aquellas pequeñeces, me dijo con visible enternecimiento:

— ¡Cosas de la pobre mamá!

En efecto, cosa de la pobre mamá era la colocacion allí de un cuadrito pintado al óleo por Antonio de Leuona, que representaba á Santa Teresa escribiendo una de sus santamente amorosas poesías, porque sin duda Mari-Santa habia pensado: «Mi hijo tiene aficiones poéticas, y habiendo una gran santa española y poetisa, el poeta español y cristiano debe colocarse bajo su patrocinio, y no bajo el de esas deidades paganas y mentidas, cuya ayuda invocan poetas que de cristianos y españoles blasonan, sin pensar que lo falso no puede ser fuente de inspiracion ni sentimiento.»

Cosa de la pobre mamá eran unas macetas de porcelana con plantas y flores que embalsamaban el gabinete, colocadas en el balconcito, porque mamá, sin duda, habia pensado: «las flores y las plantas odoríferas purifican el ambiente, recrean los sentidos, dan placidez al alma, y dan salud al cuerpo.»

Cosa de la pobre mamá eran otros cuadritos, obra del mismo pintor vascongado, que representaban escenas nobles y heroicas de la historia de Vizcaya, y contenian retratos de vizcaínos ilustres, porque mamá habia pensado sin duda: «El amor de la patria que se fortifica y nutre con el ejemplo de buenas acciones, y el recuerdo

de buenos patricios, es uno de los más santos amores.»

Cosa de la pobre mamá eran, en fin, otros cuadritos que representaban dulces escenas de la vida doméstica, y una porcion de lindas fruslerías que significaban mucho para el que las veia á la luz del sentimiento.

Algun trabajo me costó decidir á Leandro á que me diera á conocer algunos de sus ensayos literarios, pero al fin le decidí á complacerme con el recuerdo de que todos los que con el cultivo de las letras han alcanzado gloria (y me guardé muy bien de añadir dinero), empezaron escribiendo tonterías.

XI.

POETA Y ENAMORADO.

Leyóme Leandro unas cuantas composiciones poéticas, todas ellas amorosas. Le sucedia, como yo habia pensado, lo que á todos los jóvenes que cultivan la poesía, que creen no hay cosa digna de cantarse fuera del amor, y si escriben versos, el amor es el que cantan, y si escriben novelas, el amor es el que idealizan. El amor es, ciertamente, sentimiento muy bello, y fuente muy caudalosa y pura de sentimiento é idealismo; pero generalmente el poeta y el novelista, hasta que dejan de ser adolescentes, no caen en la cuenta de que se pueden escribir versos muy sentidos y buenos, y novelas muy interesantes y hermosas sin el tema obligado de los amorios.

Los versos de Leandro no eran puramente versos, como

lo son los del noventa y cinco por ciento de los que hacen renglones desiguales : eran verdadera poesía, tal que aunque llevaba el firme propósito de aconsejarle que renunciase á la profesion literaria, cualquiera que fuese su aptitud para ella, así que pude juzgar de esta aptitud, dudé si debía ó no desistir de aquel propósito, porque me dije :

«El autor de esos versos es un verdadero poeta, y apartándole de su vocación literaria, quizá privo á su familia y á la patria de una gran gloria.» Pero tambien me dije : « La vida literaria, por próspera y gloriosa que sea, no da la felicidad, y los padres de este muchacho lo que principalmente quieren saber no es si en esa vida podrá alcanzar gloria su hijo, sino si podrá alcanzar felicidad. No, felicidad no alcanza nadie por medio del cultivo de las bellas letras aunque sea un Cervántes, un Lope ó un Calderon. Un gran poeta contemporáneo, Zorrilla, ha dicho con mucha verdad en el fondó, aunque mucha exageracion en la forma :

El poeta en su mision
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con fruto de bendicion.

Y me decidí á aconsejar á Leandro que á ser un poeta afamado é infeliz, prefiriese ser un comerciante oscuro y dichoso.

Para comprender el dolor que me causó esta decision, era necesario conocer los versos que me leyó Leandro. Eran la tierna, la hermosa, la pura, la santa historia de unos amores que empezaron casi en la cuna, atravesaron la niñez exentos de toda preocupacion y tristeza, y al

entrar en la adolescencia, empezaron á abismarse, sin comprender la razon, en esa vaga, misteriosa, profunda y á la par amarga y dulce melancolía, que busca con ánsia la expansion del sentimiento y de la idea, y ha hecho más poetas y más músicos y más pintores, que todas las academias de poética, de música y de pintura.

Conforme Leandro me leía, convulso y á veces con los ojos arrasados en lágrimas, que en vano procuraba contener y disimular, aquellos apasionados, frescos y hermosos idilios, sus ojos se dirigian involuntariamente hácia el balcon, á traves de cuyos festones de madreelva se descubria en las faldas de Goyérri una casa blanca rodeada de frutales y viñas.

—;Leandro! dije al tierno y candoroso cantor de los amores angélicos al acabar de leerme el más tierno de sus cantos que llevaba por título ; *Alli está!* ¿dónde escribió V. esos versos ?

—Aquí, me contestó.

—;Comprendo que sean tan hermosos y sentidos, pues *alli estaba* quien los inspiró!

Y al pronunciar las palabras que he subrayado, señalé hácia la casa blanca de la ladera de Goyerri.

Leandro se sonrió y se puso muy sonrosado.

— Amigo mio, añadí estrechándole la mano cariñosamente, no se sonroje V. por el sentimiento que llena su corazon y ha inspirado esos cantares. ¡No hay vida sin su novela amorosa, feliz unas veces, desgraciada otras y no pocas tan silenciosa y triste, que no llegan á conocerla más que un corazon y un sepulcro! ¿Cree V. acaso que el que en este instante adivina y aún siente la de usted

no ha tenido también la suya? Oígame V. con atención, querido Leandro, y conteste con sinceridad á lo que voy á preguntarle.

—Yo le prometo á V. uno y otro.

—¿Cuál es la aspiración más entrañable y profunda de su vida de V.?

—La de alcanzar gloria para honrar con ella.....

—No concluya V., Leandro, pues adivino á quien desea V. honrar y hacer feliz: en primer lugar á la heroína de la novela de su vida y en segundo á sus padres de V.

—Es verdad.

—Pues, amigo Leandro, tengo el deber de decir á usted con toda la convicción de mi alma y toda la autoridad, ya que no de mi talento, de mi experiencia, que si no quiere que la novela de su vida sea desgraciada, necesita renunciar sus sueños de gloria literaria.

—¿Ah! exclamó el jóven con profunda sorpresa y pena, ¿qué me dice V., amigo mio!

—Le digo á V. la verdad, tal cual yo la comprendo. Tiene V. condiciones naturales para ser un buen poeta, y como tal honrarse y honrar á su familia y á su patria; pero en la vida literaria la gloria (que no llamaré humo vano, porque la honra no es humo) y la felicidad, que es cosa más tangible y positiva, son incompatibles.

—¿Por qué?

—No sé por qué, Leandro: lo único que sé es que no me equivoco.

—Pero, D. Antonio, aunque así sea, ¿no merece la gloria un gran sacrificio?

—Sí, pero no tan grande que sea además del individual, el de la compañera de nuestra vida y el de nuestros inocentes hijos. Usted puede decir: «¿qué me importan el hambre, la desnudez, los dardos de la envidia, el mayor de los infortunios, si mi nombre vuela por el mundo entre aplausos y alcanzo la inmortalidad?» pero no puede decir V.: «perezcan, ó cuando ménos, agonicen de miseria y hambre mi mujer y mis hijos con tal que yo viva y baje al sepulcro coronado de gloria.»

—Pero ¿y si mi mujer y mis hijos aceptan gustosos el infortunio con tal de participar de la gloria que yo alcance?

—Usted no puede decidirse por la vida literaria en virtud de tal aceptación.

—¿Por qué no, amigo mio?

—Porque tal aceptación es inconsciente, y por tanto debe carecer para V. de todo valor y fuerza. Supongamos que V. toma de la manita un niño y se va con él de paseo por esos campos; supongamos que ven VV. á lo lejos un toro bravo y el niño dice que desea acercarse á él porque opina que no hay en ello peligro alguno, y aunque le haya le arrostrará gustoso por satisfacer su curiosidad; supongamos que V. por debilidad de carácter ó porque tiene el mismo deseo, accede á la insensata resolución del niño; y supongamos, en fin, que éste es muerto por la fiera al acercarse con V. á ella. ¿No será usted responsable de la desgracia de aquel inocente?

—Sí, señor.

—Pues también lo será de la que sobrevenga á los otros inocentes á quienes lleve de la mano por la senda

que ahora se empeña V. en emprender, aunque advertido de que en ella hay gran peligro para V. y para los que le acompañen.

—Pero está V. seguro de que ese peligro existe?

—Segurísimo, querido Leandro.

—Yo, ni siquiera lo sospechaba.

—¿Y por qué no?

—Porque si alguna vez he visto censuras más ó menos acres y malignas ó más ó menos justas para los que se dedican al cultivo de las letras, esas censuras me han parecido siempre una gota de hiel en un mar de miel comparadas con los elogios, con los aplausos, con las ovaciones, con el renombre, con la gloria que alcanzan los escritores.

—Creí que iba V. á añadir á la gloria el dinero.

—No le he añadido, porque daba por supuesto que esa recompensa, material aunque preciosa, no podía faltar allí donde se alcanza la recompensa moral más espléndida y noble.

—Pues, amigo Leandro, suponiendo eso se equivocaba V. grandemente.

—Explíqueme V., querido y respetado amigo, los que para mí eran y aún son misterios de la vida literaria.

—Se los voy á explicar á V., y quisiera que en lugar de quedar mis palabras impresas sólo en la memoria de V., quedasen impresas en muchos libros y en muchos periódicos para que se vulgarizasen desde las cultas y populosas ciudades hasta las rústicas y casi yermas aldeas.

XII.

AMORES ANGÉLICOS.

La suave y fresca brisa del Noroeste que entraba por el balconcito saturada del aroma de las flores que encontraba á su paso, nos convidaba á asomarnos al balcon para recibirla directamente. Luégo no se me ocultaba que aquel balconcito tenía para Leandro encantos mucho mayores que para mí, como lo probaba la frecuencia con que dirigia la vista no sé si á él ó á lo que por él se veía allá hácia la ladera de Goyerri.

Salimos al balcon y ofrecí á Leandro un cigarrillo que aceptó, aunque vacilando un poco y poniéndose un poco colorado.

Sobre una mensulita colocada en uno de los costados del balcon vi unos anteojos gemelos, y tomándolos dije á Leandro sonriendo:

—Hola, ¿tiene V. anteojos marinos? Serán tambien cosa de la pobre mamá que es tan previsora.

—Sí, señor, me contestó Leandro sencillamente y sin comprender mi sonrisa; mamá los tenía desde cuando era soltera y me los dió diciéndome con razon que aquí se necesitaban, como hay tan buenas vistas.....

Leandro no adivinaba qué era lo que adivinaba yo: que asomada á aquel mismo balcon y mirando por aquellos mismos cristales habia soñado y sentido su madre algo parecido á lo que él soñaba y sentia.